

Un arte de fantasmas
de José de la Colina

Andrés García Barrios



Los actores Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en un still de la película *Casablanca* de 1942.
(Fotografía: Ann Ronan Pictures/Print Collector/Getty Images)

HACIA FINES DEL SIGLO XIX un grupo de británicos se dio a la tarea de demostrar científicamente la existencia de una vida después de la muerte. En su libro *La comisión para la inmortalización*, el célebre pensador John Gray nos explica que la intención de esos hombres y mujeres era seria, y que entre ellos se hallaban no sólo destacadísimos políticos y pensadores sino científicos de la talla de Alfred Russel Wallace, a quien Darwin reconocía como codescubridor de la selección natural. Gray nos explica cómo la supremacía que el materialismo científico iba adquiriendo sobre la fe religiosa había desatado, como peste espiritual, una crisis social de angustia ante la muerte, y que no eran pocos los que buscaban en el espiritismo y los fantasmas la demostración empírica de que ésta podía ser trascendida.

Quizás no es coincidencia que justo en esos años los hermanos Lumière dieran a luz el cine (arte de fantasmas para José de la Colina) y encontraran la forma de inmortalizar la imagen de personas en movimiento que, si atendemos a la afirmación de Wittgenstein de que “el cuerpo es el mejor ícono del alma”, equivale tanto como a una simbólica inmortalidad humana. Desde este punto de vista, el cine resultaría un poderoso tranquilizante para la naciente mentalidad escéptica y ello explicaría en parte su apogeo durante todo el siglo XX, sobre todo en su primera mitad (es bien sabido, por ejemplo, que el atormentado Wittgenstein era asiduo espectador de la comedia musical *hollywoodense*).

José de la Colina nació en España en 1934, es decir, justo en la cúspide de aquella angustia europea alimentada por una ciencia ahora armada y en pie de guerra. Hay que recordar a Brecht: “Estrechando contra sí a los niños, las madres vigilan el cielo, con terror a que aparezcan en él los descubrimientos de los sabios”. El pequeño José vivió sus primeros años rodeado de muerte y sin vida eterna. Poco después, ya en México, encontró algún consuelo en el cine. Los ensayos reunidos en *Un arte de fantasmas* nos remiten a aquel tiempo en que entusiasmarse con ese arte no era disfrutar de algunas piezas selectas sino de cualquier proyección cinematográfica (la que pasaran

“a la vuelta de la calle”); todavía, con sólo ver personas en la pantalla, uno podía comprobar de forma empírica, compartida y repetible —¡como en la ciencia!— que el alma es eterna.

Si el “alma” es la “apariencia” (así dice De la Colina al final del primer ensayo del libro), comprendemos por qué, hablando por ejemplo de la danza, el cuerpo de las bailarinas en el escenario le parece demasiado carnal (“huele a esfuerzo muscular”, dice) y que prefiera verlo en el cine donde, nos explica, se libera no sólo de su materia y su gravedad sino de esas “limitaciones que llamamos personalidad” y de todo aquello que remite al universo cotidiano. “La auténtica danza moderna está en el cine musical”, repite una y otra vez en “Cyd Charisse o La Danza”, ensayo en el que describe a la que para él es la máxima diva femenina de este arte. Mía Cyd (así se la apropia) “es el mejor caso de esa especie de nuevo ser creado por el cine” (Fred Astaire, “astro danzante”, sería lo mismo pero en hombre). Muchas veces dijo antes y repetirá el maestro que éste “nuevo ser” se caracteriza por su poder de “aparición”, juego de palabras que alude al impacto que produce su primer surgimiento en la pantalla pero también, obviamente, a “las virtudes de su fantasmalidad”, de su inmortalidad. El cine crea para nosotros esa “mejor vida” que todos deseamos más allá de ésta.

Las reflexiones anteriores intentan comprender la filosofía que —unas veces visible y otras oculta— recorre los ensayos de *Un arte de fantasmas*. Pero no se presten a confusión, el libro no es —salvo excepción— un texto filosófico. Más bien es su ligereza lo que le da altura. Invitar a su lectura hubiera sido tarea más fácil simplemente mostrando al lector un botón de sus deliciosos títulos (“Bogart o la invicta ceniza”, “Teoría de MM”) y narrando algunas de sus divertidas anécdotas. ¿Sabía usted, por ejemplo, que en vez de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman, *Casablanca* iba a ser protagonizada por Ronald Reagan y Ann Sheridan, pero que éstos no se hallaban disponibles para actuar en ese momento? El maestro de la Colina lo deja claro: hoy no podemos imaginar la película con ellos “salvo que sea en una pesadilla”.



Un arte de fantasmas
José de la Colina
México, Textofilia, 2014, 140 pp.

Lo cierto es que, aunque en *Un arte de fantasmas* no faltan la complejidad del filósofo ni la erudición histórica, éstas están siempre enlazadas con opiniones ligeras, divertidas y lúcidas, anécdotas personales, mucho de humor y poesía y, sobre todo, con ese estilo de los buenos ensayos donde la gama de matices se despliega sabrosamente sin atender a un fondo único.

En breves textos, José de la Colina visita con nosotros las memorias de ese “más allá” vivido en su devenir de cinéfilo y nos regala una selección de los mejores momentos. Bogart e Ingrid, Harry Earls (el enano protagonista de *Freaks*), Cyd, Fred, Loreliardi (“El gordoyflaco”, así, en singular, como una sola persona), Marlene, Marilyn, Dean... fantasmas protagonistas que, como en cabaret, turnan su aparición con otras estrellas espectrales: un muerto de verdad, dos muertos vivos, un espectacular caso de amnesia, un perro no visto y un rey mono gigante. Por telones de fondo contemplamos un cielo y un limbo, y eventualmente otro de vida real que con frecuencia hace de infierno.

Este último cierra el libro. En el ensayo final el autor se dirige a sí mismo en segunda persona para dictar memoria de una dolorosa experiencia de infancia; empieza con su madre mostrándole un muñeco de cartón cuyos hilos le dan vida de pronto; la súbita animación le hace parecer un muerto en movimiento, un fantasma. La historia continúa años después en Bélgica, en ausencia de los padres que se hallan, él peleando en la guerra civil española y ella trabajando de sirvienta. El niño está en una fiesta cuando el mismo muñeco hace su aparición, ahora de carne y hueso: salta aquí y allá, desordena todo, camina con un andar convulsivo y termina tomando de las manos al chiquillo y bailando con él, aterrorizándolo. Durante muchos años, José de la Colina no podrá ver a aquel personaje ni siquiera en pantalla —es el *Charlot* de Charlie Chaplin—, sin sentir que ha aparecido un muerto vivo y que su gesticular, su correr, su pelear y bailar, son sólo una danza de la muerte en torno al terror de la España de los años treinta y de la Europa convulsionada por la guerra.

“James Dean o la juventud eterna” contiene la mejor descripción en prosa que puede haber —estoy seguro— del accidente automovilístico que le quitó la vida al joven inmenso. Como segundo final, me permito viajar hacia mis propios fantasmas y me veo adolescente, casi un niño, sentado en un café, a solas con Joanna Máynez, compañera de escuela dos años mayor que yo, elegante y bellísima... En la escuela corría el rumor de que, bajo el nombre artístico de Marissa Makendosky (¿o era su nombre real?), la hermosa chica acababa de protagonizar *La lucha con la pantera*, ¡una película para adultos! Y ahora estaba ahí, a mi lado en aquel diminuto y frío café, haciéndome preguntas de amor que me ponían a temblar. Cuarenta años después, mientras escribo este comentario, caigo en cuenta que aquella película está basada en el cuento de José de la Colina que lleva el mismo título. Seguro que él se acuerda de Joanna o Marissa o como quiera que sea su verdadero nombre, y me invade una oleada de orgullo al saber que comparto con el octogenario maestro el recuerdo de uno de sus hermosos fantasmas. **AAA**